

La Capilla siXtina

ROMANTICISMO

Me llega un folleto del Instituto Alemán de Barcelona, en el que se ha desarrollado sobre un círculo de conferencias en torno al romanticismo. Han leído bien: he escrito círculo y no ciclo, porque ya está bien que emplee la expresión "se ha desarrollado", y no voy a pactar también con lo de ciclo. Bajo la batuta de José María Carandell han actuado Benet, Trias, Vázquez Montalbán, Juan Carlos Mainer, Jaime Gil de Biedma. La conclusión, más o menos común, es que el romanticismo no ha muerto, sobrevive espontáneamente en las fórmulas de cultura popular (según dijo M. V. M.) y padece un intento de resurrección en la cultura culta (según dijo Juan Benet).

Estoy bastante de acuerdo. Ya es hora que enterremos la concepción según la cual la cultura es una sucesión de compartimientos estancos terminados en ismo: romanticismo, realismo, naturalismo, expresionismo, etcétera, etcétera. Todas estas tendencias de la expresividad están latentes en el sueño cultural, y pasan a primer plano según las circunstancias, impelidas por la relación oferta-demanda de emociones culturales. Es lógico que el romanticismo fuera consecuencia de la ascensión burguesa a todos los poderes, porque significaba la exaltación del individualismo y de la libertad de todo tipo de iniciativas.

Pero no hay que esquematizar excesivamente. Y así, vemos cómo no hay identificación entre romanticismo y poder burgués a partir de Lamartine. Hugo ya era un romántico rojísimo, y Maïakovski era un romántico bermellón donde los haya. También es un romántico Gabriel Celaya cuando dice: "A la calle, que ya es hora de pasearnos a cuerpo y a gritar que, pues vivimos, anunciamos algo nuevo". El "yo", siempre inquieto y con manía persecutoria, es padre de la sentimentalidad romántica, sea un "yo" personal e intransferible, un "yo" colectivo o un "yo" personal e intransferible disfrazado de colectivo.

En plena conspiración de la uniformación y la masificación, medio pueblo español se identifica con Simplemente, María, y se pregunta: ¿Dónde estará mi carro? con Manolo Escobar, e incluso la juventud más joven cantaba hace muy poco una canción de terror, amor y patetismo como Con su blanca palidez, que hubiera hecho las delicias de María Shelley y el doctor Frankenstein, personajes románticos también ellos.

La exaltación de la individualidad da carácter a estos últimos años y a unos cuantos años próximos. Hay una exaltación de la individualidad flagrantemente reaccionaria, y hay una exaltación de la individualidad rabiosamente progresiva: pero se mueve, pero existo, aquí estoy yo, no siempre son afirmaciones propiciadas por los aparatos ideológicos de Estado. Es más, casi podríamos decir que en la era del sistema y del supersistema, la rabieta del "yo" empieza a ser necesaria, muy necesaria para romper el encantamiento de la bella imbécil del bosque en la que se ha convertido casi toda la Humanidad, sea del bosque que sea.

Creo que casi todos los "tics" románticos pueden tener un papel emancipador en el mundo actual: desde los escotes que lucían las pálidas señoras románticas, hasta la tuberculosis como enfermedad a extender para hacer la pascua a los que quieren engordar a la Humanidad a base de margarina de mesa.

—Deje de decir tonterías, don Sixto, que hasta ahora le he escuchado porque no sabía a dónde iba a parar.

(Ya habrán adivinado que hasta ahora estaba lanzando mi discurso ante la desprevenida Encarna.)

—Ni veo la gracia a que esos señores hayan perdido el tiempo en Barcelona con la jilipoyez del romanticismo, ni se la veo al rollo que usted me ha pegado. Porque, vamos a ver, don Sixto, ¿qué es romanticismo?

¡Me lo ha puesto tan fácil!
—Romanticismo, eres tú.

SIXTO CAMARA

